

## II, nativos en el Urriello

*José Antonio Odriozola Calvo*  
*Presidente de la F. E. M.*

Es indudable que los montañeros tenemos una permanente deuda de gratitud con el vecindario de los pueblos de la montaña que visitamos en nuestras salidas.

Y obsesionados por la vía de escalada, la cumbre o la travesía, éstas son las protagonistas de nuestros relatos, con olvido general de las gentes hospitalarias, sufridas y calladas que viven en el medio en que desarrollamos nuestra actividad deportiva, y que a la postre son quienes se vuelcan en ayuda del montañero accidentado.

Y olvidamos también, o incluso no sabemos reconocer, que en gran número de casos, pastores y cazadores nativos han sido los auténticos protagonistas de arcaicas e ignoradas «primeras».

Los cabraliegos y cainejos que viven en torno al Naranjo no son excepción a esta regla. Pero eso quisiera, con estas líneas, rendir un homenaje a sus casi desconocidas acciones en torno al Picu de Bulnes.

Todos sabemos que fue un humilde cazador de Caín, Gregorio Pérez, el hombre que eligió el Marqués de Villaviciosa de Asturias, D. Pedro Pidal, para efectuar su primera y legendaria escalada al Naranjo, el 5 de Agosto de 1904, hace ahora 75 años. Pero muy poco conocida es la circunstancia de que Inocencio Mier, esposo de «la Tía Geroma», la inolvidable posadera de Bulnes, no recibió el aviso a tiempo, y no pudo ser el tercer hombre de la primera cordada.

Al bajar, D. Pedro y «El Cainejo» hicieron, sobre la Panza de Burra de la Grieta Norte el primer rudimentario rapel de que tenemos noticia en nuestra geografía, anudando un extremo de su gruesa cuerda de fibra vegetal a un pedrusco suelto, que encajaron en la grieta. Bajaron unos pocos



*Victor Martínez (Foto: A. Sopena).*

metros, cortaron la cuerda todo lo arriba que pudieron, y allí quedó bamboleándose un trozo durante 12 años.

Efectivamente, el 31 de Agosto de 1916, un nativo de Bulnes, avecindado en Camarmeña, Víctor Martínez Campillo, decide subir al Urriello.

Lo hace en solitario, y bajó el trozo de cuerda, devolviéndoselo al Marqués, quien recompensó su acción con la entonces astronómica cifra de mil pesetas.

Víctor se constituye en el primero y, durante 14 años, único guía del Naranjo. Descubrió un itinerario que lleva su nombre, Vía Víctor, a la izquierda de la cara Sur, más fácil que el de sus predecesores por la cara Norte.

Y comienza a llegar escaladores de fuera de los Picos. El primero fue el catalán Vicente Carrión Roca (1924), pero a continuación el mayor contingente lo dan las Vascongadas: Sopena (1925), Etxebarrieta (1926), Goicoechea (1926) y Espinosa (1928).

Entre tanto, el hijo mayor de «El Cainejo», Agustín Pérez, sube al Picu con otro famoso del pueblo, Bonifacio Sadia, «El Demonio de la Peña» (1926). Y se llevan una sorpresa que luego narraremos.

La ascensión de estos dos cainejos provoca la reacción. Ningún vecino de Bulnes, «el pueblecillo de Asturias que más se arrima al corazón de los Picos de Europa», al decir del Marqués de Villaviciosa, había subido al Naranjo (recordemos que Víctor, aunque nacido en Bulnes, residía en Camarmeña).

Y el 8 de Agosto de 1928, Manuel Mier Campillo, primo de Víctor y natural y vecino de Bulnes, sube solo, descubriendo la Vía del Paso Horizontal, también en la cara Sur. Cuando baja y lo cuenta, sus convecinos los pastores de la Majada de Camburero, no le creen. Se enfada y vuelve a subir por segunda vez en el día, bajando como prueba el buzón con la libreta de cumbre.

En esta segunda ascensión se le había agregado Manolín Mier Campillo, un chaval de Bulnes, quien se enriscó en el descenso —naturalmente habían subido «a pelo», sin cuerda—, en el Paso Horizontal, y tuvo que subir su padre a ayudarlo... pero previamente le propinó una soberana paliza en el mismo lugar de la pared en que se encontraron. Creo que bien podemos afirmar que éste ha sido el único caso de la historia en que se aplica «el tercer grado» por partida doble, ya que tal cosa ocurrió en un paso también de tercer grado.

Entre tanto, había entrado en liza el hombre que ya es parte de la leyenda del Urriello: Alfonso Martínez Pérez, «Fonso, el de Camarmeña», hijo primogénito de Víctor, que con el tiempo habría de ser el hombre que realizaría el mayor número

de escaladas, unas 150, a gran distancia del más inmediato de sus seguidores.

Como Víctor iba retrasando de año en año su promesa de llevarle al Picu, un buen día, el 18 de Septiembre de 1926, y en el mayor secreto, teniendo la represa paterna, Fonso se fue solo.

Y famosa se hizo en los Picos la frase con que se tranquilizaba a sí mismo:

—«En cuanto llegue a lo malo, me vuelvo... pero lo malo no lo encontré». ¿Quién se atreve a describir una escalada de esta índole con menos palabras? ¿No es patente esta sencillez nativa frente a nuestras farragosas series de diedros, chimeneas, tacos y estribos?

La sorpresa a que arriba aludíamos, y que se llevaron Agustín Pérez y Bonifacio Sadia, fue el encontrar en el buzón de la cumbre la nota dejada por Alfonso, quien contaba a la sazón 17 años, y era el escalador más joven que hasta entonces había pisado la cima del Naranjo.

A lo largo de los muchos años que hace que dura nuestra amistad con Alfonso Martínez, nunca vi un hombre con tal sentido del equilibrio.

Escalando, raramente empleaba ambas manos a la vez. Trepaba con elegante sencillez, casi sin mirar a la roca, con el cuerpo en la práctica siempre vertical, bien asentado sobre ambos pies, despegado completamente de la pared. Destreando, también lo hacía a gran velocidad y de forma curiosa: ni de cara ni de espalda a la pared, sino de medio lado y mirando al vacío, sujetándose con solo una mano, dejando la otra «en reserva». Era un fuera de serie, en suma, en escalada libre.

Un buen día nos explicó su secreto, en su casa de Camarmeña, maravilloso mirador sobre el Urriello, «mi finca», como gustaba de decir.

En aquellos pueblos los niños han de proveer a diario la leña para la cocina. En Camarmeña el bosque está lejos, y si para Fonso molesta era la diaria caminata a la ida, más lo era a la vuelta, cargado con un haz de troncos.

Pero el rapaz observó que en las grietas de los paredones que se alzan sobre el pueblo y en algunas de sus cornisas crecían bastantes árboles, que se habían salvado por su aparente inaccesibilidad.

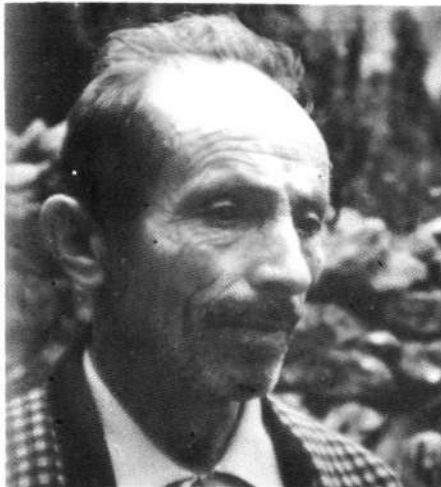
—«Si corto esos árboles, la leña me cae sola hasta casi la cocina».

Dicho y hecho. Fonso comenzó a diario aquellas escaladas inverosímiles a la vista de sus convecinos. Y como de vez en cuando las raíces del árbol protegían un nido de buitres, el muchacho tenía que estar ojo avizor por si era atacado por las aves... lo que ocurría un día sí y otro también. Y no había más remedio que defenderse con el hacha en una mano, aferrándose con la otra, y con los pies bien plantados donde se pudiera.

Al Naranjo no había subido ninguna mujer. Y la idea de ser la primera surgió simultáneamente en Caín, en las mentes de dos nietas de Gregorio «El Cainejo», hijas respectivamente de sus dos hijas Dolores y Toribia Pérez Cuevas. Gana la partida María Pérez Pérez, de 18 años,



Alfonso Martínez  
(Foto: E. Bustamante).



Bonifacio Sadia, «el Demonio de la Peña», de Caín (1926).



Manuel Martínez Campillo, de Bulnes (1928).

Manuel Mier Campillo, «Manolín», de Bulnes  
(Fotografías: J. A. Odriozola).



el 31 de Julio de 1935, guiada por Alfonso. Días después, el 6 de Agosto, su prima Teófila Gao Pérez, de 15 años, repite la experiencia, acompañada por su padre, Domingo Gao, y dos vecinos de Bulnes, Rafael Mier Pío y Juan Campillo Noriega.

Víctor Martínez había hecho escuela. Ya hemos hablado de la actividad de Alfonso. Pero los hermanos de este último también destacaron como guías, en especial Juan Tomás. Y en menor escala Julio, Miguelín, Emilio y Florentino Enrique.

Alfonso y Juan Tomás, preocupados por las dificultades que presentaba el asegurar a sus clientes en la travesía del Paso Horizontal, por el riesgo siempre latente de la caída pendular, buscaron y descubrieron el día 13 de Agosto de 1944 el itinerario conocido desde entonces como «Directísima Sur», y sin duda la vía más empleada para subir al Picu a partir de esa fecha.

Cuando, por la inexorable ley de la edad, Alfonso Martínez comenzó a declinar, otro mozo de Bulnes, Epifanio Gonzalo, tomó el relevo, y actuó como guía durante unos años.

El 5 de Agosto de 1954 se cumplió el medio siglo de la primera escalada al Naranjo. Docenas de montañeros nos reunimos al pie del coloso para celebrar la fecha e inaugurar el Refugio de Vega Urriello.

Y un joven de Poncebos, Miguel Pérez Arobe, viendo a las cordadas subir la imagen de piedra de la Virgen de las Nieves que se colocó aquel día en la cumbre, se abotonó su chaqueta de pana, colgó la cachava a la espalda metiendo la curva por el cuello, y se lanzó como un rayo hacia arriba, adelantando escaladores y llegando a la cima en escasos minutos.

Le acompañaron dos mozalbetes más de Bulnes, que subieron y bajaron tan rápidamente que desaparecieron antes de que pudiéramos anotar sus nombres.

Ese mismo día, dos veteranos escaladores y grandes conocedores del Naranjo, Enrique Herreros y Teógenes Díaz, decidieron intentar redescubrir el prácticamente olvidado itinerario de D. Pedro Pidal. Y como homenaje al humilde Gregorio Pérez, «El Cainejo» en particular, y al vecindario de los pueblos circundantes en general, decidieron que los acompañase un joven cainejo, David Sadia. Y consiguieron su propósito.

Hasta aquí hemos podido aportar datos y nombres de algunos de estos bravos nativos de «la Peña». Pero no podemos pasar por alto a esos grupos anónimos de Bulnes, Camarmeña, Tielve, Sotres, Poncebos y Caín, que desde el 9 de Septiembre de 1928, en que recogieron, con ocasión del primer accidente mortal ocurrido en el Naranjo, el cadáver de Luis Martínez, «El Cuco», despeñado en su cara Sur, hasta nuestros días, han intervenido una y otra vez en ayuda de los montañeros accidentados en el Urriello, abandonando sus quehaceres y sin pedir nunca nada a cambio.

A todos ellos, sin excepción, debemos los montañeros respeto y gratitud.